

La libertad en coma
Contra la informatización del mundo
(Nueva edición ampliada)

GRUPO MARCUSE
(MOVIMIENTO AUTÓNOMO DE REFLEXIÓN
CRÍTICA PARA USO DE LOS SUPERVIVIENTES
DE LA ECONOMÍA)

Prólogo de Adrián Almazán

Traducción de Salvador Cobo y Adrián Almazán

Colección El Martillo de Enoch, 10

Primera edición: *Mayo 2019*

Título: *La libertad en coma. Contra la informatización del mundo*

Autor: *Grupo Marcuse*

Prólogo: *Adrián Almazán*

Traducción: *Salvador Cobo y Adrián Almazán*

Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*

Maquetación: *Andrés Devesa*

Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*

Impreso por: *Kadmos*

ISBN: *978-84-947647-9-0*

Depósito legal: *M-17011-2019*

Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Índice

Prólogo a la edición española, Adrián Almazán	7
Prefacio a la nueva edición	15
Introducción	35
Primera parte	
BUROCRACIA E INFORMÁTICA, EL PACTO DEL SIGLO.....	59
§El Estado moderno, impulsor principal de la identificación y del fichaje de las personas	69
§Controlar los mercados, reducir los costes, hacer realidad la armonía industrial: la gran empresa como impulsor de la informatización del mundo humano	87
§La informatización del mundo como proyecto político y antropológico.....	115

Segunda parte

LA LIBERTAD, ¿PARA QUÉ?.....135

§ El individuo dividido y sumiso del mundo digital.....140

§ La confiscación del mundo y el declive de las facultades
personales.....154

§ La era de la intranquilidad169

§ ¿Libertad o liberación?.....181

Tercera parte

LA INSUMISIÓN POSIBLE, O IMPEDIR QUE EL MUNDO

SE CIERRE DE NUEVO.....197

§ Cambiar de revolución200

§ La CNIL, o Tartufo en el barrio de la Ópera.....216

§ El movimiento de los «segadores voluntarios» y otros
extravíos de la desobediencia civil.....224

§ ¿«Joderlo todo», ya que no podemos hacer nada?240

§ Asumir una posición minoritaria, sin complacerse
nunca en ello.....244

ANEXOS

I. Acción del instituto de Gif-sur-Yvette
contra la biometría257

II. Disolución de la CNIL.....261

III. La lucha contra la identificación electrónica
de las ovejas264

IV. ¿Informática o libertad?.....269

V. COP, TIC, ZAD274

VI. El ordenador en la lucha de clases.....278

Prefacio a la nueva edición

La primera edición de este libro apareció a principios de 2013, seis meses antes de que estallara el caso Snowden. Las «revelaciones» de este cuadro de la Agencia Nacional de Seguridad (NSA, por sus siglas en inglés) han causado obviamente un impacto mucho mayor que nuestros análisis para demostrar que los Estados y los gigantes de las telecomunicaciones están en condiciones de registrar y recuperar todas las comunicaciones telefónicas o virtuales en cualquier parte del mundo.

El caso Snowden ha dado cuerpo a un *malestar en la civilización*¹ de internet, pero no ha bastado para promover la *crítica de dicha civilización*. En ese contexto, la circulación de nuestro libro fue digna, pero como en el caso de otras obras aparecidas en el mismo periodo o años después² no alcanzó su objetivo: hacer

1. Esta expresión hace referencia al célebre libro de Sigmund Freud *Das Unbehagen in der Kultur* (en castellano, *El malestar en la cultura*), que en francés se tradujo como *Malaise dans la civilisation*, literalmente *Malestar en la civilización*. (N. de los T.)

2. En orden cronológico, y en registros muy diferentes, cabría mencionar: Cédric Biagini, *L'Emprise numérique. Comment Internet et les nouvelles technologies ont colonisé nos vies*, Montreuil, L'Échappée, 2012; Baudoin de Bodinat, *Au fond de la couche gazeuse (2011-2015)*, París, Fario, 2015; Philippe Godard, *Le Mythe de la culture numérique*, Lormont, Le

de la informatización de la sociedad un *problema* político central de nuestro presente; una patología, un proceso nefasto que habría que detener a toda costa.

Seamos claros: la informatización de la vida está creando cada vez más rápido una serie de problemas humanos, sanitarios y políticos demasiado graves como para que la sociedad pueda seguir ocultándose a sí misma de forma indefinida. De hecho, no lo hace. En 2018 no es extraño que el avance informativo de la radio de turno no hable más que de temas relacionados con la evolución del proceso de informatización: investigaciones sobre la supuesta injerencia rusa en las elecciones de 2016 en Estados Unidos; conflictos en torno al contador Linky³; la votación en el Parlamento Europeo sobre la protección de datos personales; el suicidio de un adolescente tras una serie de mensajes en las «redes sociales», etc. En un país como Francia, el fichaje generalizado o la recopilación y uso comercial de la información de los internautas todavía hiere la sensibilidad de una parte de la opinión pública. Además, pese a la fuerza de la propaganda acerca de la «inmaterialidad» de las Tecnologías de la Información y la Comunicación, los impactos ecológicos producidos por lo digital golpean de vez en cuando las conciencias contemporáneas. Aunque sigue siendo extremadamente difícil llevar al debate público las pruebas que indican hasta qué punto resulta perjudicial para la salud la exposición permanente a las ondas electromagnéticas, los profesionales de la sanidad sí

Bord de l'eau, 2015; Éric Sadin, *La Silicolonisation du monde. L'irrésistible expansion du libéralisme numérique*, París, L'Échappée, 2016 (ed. cast., *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, Buenos Aires, Caja Negra, 2018, trad. de Margarita Martínez); Pièces et main d'œuvre, *Manifeste des chimpanzés du futur. Contre le transhumanisme*, Seyssinet-Pariset, Éditions Service compris, 2017; Hervé Krief, *Internet ou le retour à la bougie*, París, Quartz, 2018.

3. Linky es el nombre con el que se conocen los nuevos dispositivos informáticos que han venido a sustituir a los antiguos contadores eléctricos analógicos. En España se les llama «contadores electrónicos». (*N. de los T.*)

han logrado que se escuchen sus alarmantes hallazgos sobre los efectos de una exposición intensa a las pantallas en la psicomotricidad de los más pequeños⁴. En comparación con la retórica laudatoria de principios de la década de 2000, ya casi nadie niega que la sociedad digital plantea numerosos problemas, en ocasiones muy graves. Se observa una suerte de desencanto con internet que ya alcanza incluso a aquellos que pensaban que caminábamos hacia un mundo mejor. Una bloguera, que se definía a sí misma como *geek*, escribía en los siguientes términos a finales de 2013, en pleno escándalo Snowden:

Ahora mismo, hasta las personas que defendían la red utilizan palabras como «peligro» o «deriva». [...] ¿Se han convertido estos antiguos militantes en grandes villanos reaccionarios que quieren prender fuego a todo lo que antes adoraban? En realidad, no son los defensores de la red los que han cambiado de bando, sino el propio internet el que, en el transcurso de pocos años, ha sufrido una metamorfosis que a mí, personalmente, todavía no deja de sorprenderme. Internet se ha convertido exactamente en lo contrario a lo que era. Ha pasado de ser una red abierta a convertirse en una red cerrada. Ha dejado de ser un espacio de libertad para convertirse en un espacio de vigilancia. Nuestro mayo del 68 digital se ha convertido en una tostadora fascista. El entretenimiento lo ha sentenciado a muerte. Internet representa una oportunidad increíble para la libertad y la igualdad, pero no es más que una herramienta. [...] Es exactamente aquello que nosotros decidamos hacer con él. Pero por ahora no hemos decidido gran cosa. Nos hemos conformado con aceptar su evolución disfrutando de servicios que nos facilitan la vida cotidiana⁵.

4. El artículo «La sobreexposición de los niños pequeños a las pantallas es un problema de salud pública de primer orden», publicado el 31 de mayo de 2017 en el suplemento «Ciencias y medicina» de *Le Monde*, tuvo en particular un eco considerable.

5. Titiou Lecoq, «Notre mai 68 numérique est devenu un grille-pain fasciste», publicado en la página *slate.fr* el 29 de noviembre de 2013. Esta periodista es responsable del blog feminista «Girls and geeks».

Este tipo de declaraciones puede conducir a loables tomas de posición que se opongan a la concentración y a la asimetría del poder *en internet*, es decir, contra las estrategias monopolistas y agresivas de los grandes grupos empresariales (Google, Facebook, etc.) y contra las disposiciones legales que refuerzan la capacidad y la legitimidad de los Estados para recopilar información sobre sus ciudadanos a través de las redes de telecomunicación. Es el caso, por ejemplo, de la asociación de juristas La Quadrature du Net⁶ que, junto a la CNIL⁷, lanzó en la primavera de 2018 una acción colectiva contra las GAFAM⁸ con lemas como: «Google filtra tu pensamiento»; «Apple sabe dónde está tu madre»; «Facebook controla lo que puedes leer», etc. En vista del papel que juega internet en nuestra sociedad y del grado de conectividad de nuestros coetáneos, el trabajo de este tipo de asociaciones (analizar cómo evoluciona el funcionamiento concreto de la red, examinar los múltiples proyectos de ley que pretenden regularla) es muy valioso. Refleja una postura liberal en el sentido más noble del término, es decir, volcada en proteger a los ciudadanos de a pie de los excesos de poder de los poderosos.

El problema es que con internet, aún más que en etapas anteriores del proceso de industrialización, esta labor de protección y de reequilibrio no tiene fin, y no puede conducir a un resultado satisfactorio. De hecho, lo que en su momento nos propusimos mostrar en *La libertad en coma* es que internet no es, y nunca podrá ser, una herramienta convivencial en el sentido

6. En castellano, La Cuadratura de la Red. (*N. de los T.*)

7. Estas siglas hacen referencia a la Comisión nacional de informática y libertades, organismo francés que se encargaría supuestamente de velar por que la expansión de las nuevas tecnologías informáticas no menoscabe las libertades civiles. Véase, en la tercera parte de esta obra, el epígrafe «La CNIL, o Tartufo en el barrio de la Ópera». (*N. de los T.*)

8. Acrónimo que alude a las cinco empresas dominantes en el negocio de internet: Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft. (*N. de los T.*)

que otorgaba a este término Ivan Illich⁹. A diferencia de Titiou Lecoq, nosotros nunca hemos pensado que internet es (o fue) «una red abierta» o «una oportunidad increíble para la libertad y la igualdad». Es más, ni siquiera estamos de acuerdo en que se trate de una herramienta: internet es un sistema, una megamáquina que estructura, encuadra y organiza nuestras vidas en la dirección de una heteronomía cada vez mayor: cada vez más adictos a la electricidad, a los metales raros, cada vez más tiempo pasado delante de una pantalla en vez de estar en contacto físico con nuestros semejantes... Nosotros no pretendemos defender «los Derechos Humanos en la sociedad digital» (objetivo expuesto por La Quadrature du Net en su página web). Lo que queremos es defender la condición humana, que está amenazada por la sociedad digital. Pensamos que la defensa de la libertad y de la igualdad pasa por reducir masivamente nuestro uso de artefactos digitales y por refundar un mundo en el que podamos prescindir de ellos.

Esta posición parece ser tabú hoy en día, incluso en la mayoría de los círculos que se presentan a sí mismos como anticapitalistas, revolucionarios u «opuestos a toda forma de dominación». Si hay una norma social que no parezca incomodar a nadie en el mundo del activismo político, tan ansioso por deconstruirlo todo, es, sin duda, el uso generalizado de internet. Si hay una forma de colonización que no molesta a los fieles de los «estudios postcoloniales» es, sin duda, la de los teléfonos móviles y los ordenadores que, de Norte a Sur, invaden todos los países del mundo e imponen una única manera de vivir a miles de

9. En *La convivencia* [1973], Barcelona, Virus, 2012 (trad. de Matea P. De Gossmann), p. 68, Illich escribía: «La herramienta justa responde a tres exigencias: es generadora de eficiencia sin degradar la autonomía personal; no suscita ni esclavos ni amos; expande el radio de acción personal. El hombre necesita de una herramienta *con la cual trabajar*, y no de instrumentos que *trabajen en su lugar*. Necesita de una tecnología que saque el mejor partido de la energía y de la imaginación personales, no de una tecnología que lo avasalle y lo programe».

millones de personas, con independencia de su sexo, su religión o el color de su piel. Esta transformación, que por nuestros lares apenas se remonta a hace dos décadas, se considera prácticamente de forma unánime como un hecho consumado que ni siquiera puede ser puesto en cuestión. Así, la crítica se atrinchera en la demanda de reformas de nuestra nueva condición conectada. Es la postura evidente de, por ejemplo, un artículo de octubre de 2017 firmado por numerosos intelectuales, sindicalistas y gente del mundo del espectáculo en la víspera de los fastos para el lanzamiento del iPhone X de Apple, con el fin de denunciar el modelo económico de la empresa de la manzana:

[Desde la comercialización del primer iPhone hace diez años], se han producido siete mil millones de *smartphone* en el mundo, contribuyendo a revolucionar nuestra vida cotidiana. El increíble impacto de este objeto sobre las mentes y las costumbres de los consumidores/as, sobre el medioambiente, la privacidad o la salud, lo ha convertido en un verdadero símbolo de nuestra época, pero también de sus excesos: extracción contaminante de metales, explotación de los trabajadores/as, obsesión consumista, evasión fiscal, obsolescencia programada...

Los iPhone de Apple ilustran a la perfección esta ambivalencia: nos sirven para organizar recogidas de firmas cuyo objetivo es salvar el clima y, al mismo tiempo, están compuestos de oro, de tántalo y de tungsteno extraídos, en parte, en zonas de conflicto. Sus creadores/as trabajan en oficinas ecológicas ultramodernas en California, mientras que los obreros/as chinos/as que los fabrican trabajan en condiciones indignas y manipulan productos tóxicos. Llegan a manos de nuestros hijos cada vez más temprano, y sin embargo apenas hemos comenzado a evaluar los efectos nocivos de la omnipresencia de las pantallas sobre su desarrollo cerebral y sus relaciones sociales.

Este artículo tiene el mérito de llamar la atención sobre una serie de problemas de los que casi nadie era consciente cuando se publicó la primera edición de nuestro libro, ni siquiera los activistas o los universitarios preocupados por la ecología y la justicia social. Pero los trae a colación en términos de una «ambivalencia» que impide captar la coherencia del capitalismo contemporáneo. La extracción contaminante de metales, la vergonzosa explotación del trabajo humano, la obsesión consumista, la evasión fiscal y la obsolescencia programada no son *excesos*, sino los elementos que forman parte del funcionamiento *normal* de nuestra sociedad-mundo de alta tecnología. La desigualdad abismal entre la *creative class* de las metrópolis y el proletariado de los países-fábrica, la devastación ecológica desenfrenada, la irresponsabilidad y el narcisismo consumistas, son rasgos que definen de manera profunda nuestra época. En todo esto hay muy poca «ambivalencia», y si hay algo que aún siga siendo defendible en la civilización moderna, desde luego no tiene nada que ver con su grado de desarrollo tecnológico.

En un punto posterior del artículo, sus autores escribían: «La verdadera “revolución” sería que multinacionales de la electrónica como Apple produjeran un *smartphone* social, ecológica y fiscalmente sostenible¹⁰». No, evidentemente la quimera de un *smartphone* social y ecológicamente sostenible no tendría nada de revolucionario¹¹. Lo revolucionario, en el punto en el que nos

10. Ese es, de hecho, el título que eligió *Le Monde* para publicar este artículo el 27 de octubre de 2017. Su título inicial, en cambio, era «Hay una pepita en Apple». Extraño título, ya que no hay nada de malo en que una manzana contenga al menos una pepita; más bien todo lo contrario. «Apple está podrida hasta el corazón» habría sido, sin duda, un título menos de consenso pero más acorde a la realidad.

11. Para convencerse de este punto basta con leer *Le Monde diplomatique*, lo que sin duda hacen a menudo la mayor parte de los firmantes del artículo citado antes: véase el edificante artículo de Emmanuel Raoul, «Peut-on fabriquer un téléphone équitable?», en el número 744, de marzo de 2016.

encontramos, sería que las ventas de *smartphone* cayeran en picado y que las innovaciones que nos esperan a la vuelta de la esquina (drones como objeto de consumo corriente, «asistentes personales» de Google y Amazon, coches sin conductor) fueran fracasos comerciales. Lo revolucionario sería que los adolescentes de los próximos años ya no tuvieran necesidad de encerrarse en *paraísos virtuales* para construirse un mundo y una identidad propias. Sería que los movimientos sociales de países de todo el mundo obligaran a los poderes públicos a abandonar sus objetivos de desarrollar forzosamente tecnología punta, automatizar y robotizar la producción e informatizar todos los servicios. Sería que los metales necesarios para la construcción de las baratijas electrónicas se quedaran en el suelo, que simple y llanamente no fueran extraídos, y que la actividad minera disminuyera o desapareciera en todo el mundo.

Estos objetivos pueden parecer inalcanzables en la actualidad. Pero si lo son no es sólo porque las fuerzas del orden industrial estén fuertemente equipadas para reprimir toda oposición de envergadura que pretendiera oponerse a los proyectos de la oligarquía. Sino también (¿y sobre todo?) porque hoy en día dichos objetivos no corresponden a los deseos de millones de personas normales, ni siquiera a los de aquellos que luchan por la defensa de las libertades civiles y del medioambiente. Porque, ¿quién está dispuesto a prescindir de su *smartphone*? Algunas personas sienten la necesidad ética y política de mantener a distancia dicho aparato, pero en una sociedad de masas y enfrentados a una mayoría de consumidores dóciles, esta decisión no tiene mucho peso. Más bien todo lo contrario. En estos últimos años, el uso de pantallas, teclados y ondas wifi se ha convertido para muchos en algo *absolutamente* natural, en el sentido de que *un mundo sin todo eso ya no les resulta concebible*. Cuando el móvil, o la tableta, se convierten en una verdadera prolongación del

cuerpo, ciertos comportamientos cotidianos reflejan una dependencia física, una adicción, equiparable a la del tabaco o a la de las drogas más duras. Cuando uno mira a su alrededor, sobre todo en las grandes ciudades, a veces tiene la impresión de que una parte de nuestros coetáneos, pegados a sus *smarphone*, han sido secuestrados (o que *nos los han secuestrado*, en todo caso). En estas condiciones, el decrecimiento digital que sería indispensable parece mucho menos plausible que el injerto de piezas electrónicas en el seno del cuerpo humano, algo que podría llegar a ser percibido como un «apaño» más o menos razonable para un gran número de «adictos».

No es más que una cuestión de libre elección y de deseo, se nos dirá, es lo que la sociedad quiere. ¡Y vaya si lo quiere! No hay duda de que todas las instituciones, públicas o privadas, se esfuerzan obsesivamente por informatizarse, por informatizar la relación con sus interlocutores (otras instituciones o particulares) y por equipar con tecnología a la sociedad. La totalidad del aparato de Estado y del tejido económico rema en la misma dirección: digitalizar, automatizar, ampliar y hacer más fluidas las redes de telecomunicación. Si a lo anterior le añadimos el *marketing*, es imposible no ver que se empuja al individuo a conectarse en todo momento: trabajo, consumo, coche, casa, intimidad... Las situaciones en las que ya no podemos elegir entre disponer o no de tal o cual dispositivo, utilizar o no internet, dar o no dar nuestros datos, se multiplican prácticamente a diario. ¿En cuántos trabajos se ha vuelto ya inconcebible que el jefe o el cliente no puedan disponer de ti en todo momento? ¿En cuántos trámites administrativos se ha vuelto inevitable tener que usar internet, crear otro nombre de usuario, rellenar un expediente *online* o el «escaneo» de documentos (como para el permiso de circulación del coche, los trámites del paro o la Seguridad Social)? Eso por no hablar de la

SNCF¹², cuya estrategia (de eliminación) de empleo(s) se basa en la escasez cada vez mayor de taquillas en las estaciones y la incitación a comprar *online* los billetes... con un procedimiento de segurización basado en la disposición del teléfono móvil. O la educación nacional, que dentro de poco no dejará que los docentes, los padres y los niños (por no hablar del personal administrativo) levanten sus ojos de la pantalla ni un solo instante: pasar lista, hacer los deberes, supervisar los resultados académicos... la lista sería interminable.

Lo menos que se puede decir, en vista de lo anterior, es que está claro que en este contexto los deseos y las subjetividades están condicionadas. Pero lo que también es innegable es que la fascinación generalizada por las herramientas digitales, así como el placer que muchos obtienen al utilizarlas, juegan un papel determinante en la extensión apenas cuestionada de sus dispositivos comerciales y administrativos. ¿Cómo escapar de esta dialéctica negativa que nos conduce a una nueva edad oscura¹³?

La oposición a los contadores electrónicos de la empresa Enedis puede ofrecer algunas pistas, aunque es obvio que no podemos extraer ninguna receta milagrosa. Un objeto interconectado, que responde al simpático nombre de Linky y cuya instalación en los domicilios particulares había sido programada por los burócratas de Bruselas y París, está siendo objeto de una oposición inesperada y bastante decidida. Decenas de miles de ciudadanos de a pie se informan, debaten con sus vecinos, organizan reuniones públicas y presionan a sus representantes locales y nacionales para que detengan la implantación de estos contadores. Y todo ello, en la mayoría de los casos, invocando motivos

12. Société nationale des chemins de fer français. Es, con matices institucionales y económicos importantes —su dimensión y potencia es mayor y su grado de privatización bastante menor—, el equivalente a la RENFE española. (*N. de los T.*)

13. Por utilizar el título del libro del artista y ensayista británico, en su día tecnófilo, James Bridle, *New Dark Age. Technology and the End of the Future*, Londres, Verso, 2018.

sanitarios (peligro asociado a las ondas emitidas por la corriente CPL y por los concentradores del relé del contador), económicos (coste del proyecto, probable aumento del precio de las facturas y pérdida de empleos) y políticos (rechazo a la recogida de datos de consumo en los domicilios). Y, a raíz de estos debates, algunos individuos y grupos también han comenzado a inquietarse por las ondas emitidas por otros aparatos, por las dinámicas sociales y económicas asociadas a otros proyectos de automatización, por la recopilación de datos propiciada por el uso que hacían hasta ese momento de otros muchos dispositivos. Este asunto ilustra bien lo que ya sabíamos: que lo más habitual es que las aspiraciones y los comportamientos individuales cambien en el interior de un conflicto y gracias a él, que las visiones críticas pueden extenderse de manera repentina, que renunciadas y acciones inconcebibles antes de una lucha (desobediencia a las instituciones, resistencia física, sabotaje...) pueden llegar a asumirse casi como acciones de sentido común.

La existencia de esta oposición a los contadores Linky, minoritaria pero relevante, es una sorpresa agradable, pero no es suficiente, ni mucho menos, para dar un vuelco a la situación. Por ahora no ha conseguido generar una oposición a la informatización del mundo, es decir, a la reducción de éste a un *stock* ilimitado de información a través de la conexión cada vez más extendida de seres y cosas a la red de redes. A día de hoy, no existe una dinámica ni siquiera comparable a la de las ZAD¹⁴, esos espacios en los que paisanos y anticapitalistas convencidos se oponen al «hormigonado» de tierras cultivables o a la destrucción de los

14. Acrónimo de *Zone à défendre*, en castellano Zona a defender. El término se popularizó a comienzos de esta década a raíz de la oposición ciudadana a la construcción del aeropuerto de Notre-Dame-des-Landes, al norte de Nantes. Tras años de lucha y ocupación de tierras y bosques, en 2018 el gobierno francés anunció la retirada del proyecto. En la actualidad existen en ese país varias ZAD desde donde se resiste a la implantación de grandes infraestructuras. (*N. de los T.*)

bosques. Sin embargo, la informatización es un «macroproyecto» igual de esencial para la dinámica del capital, de ahí la urgencia para que comencemos a considerar nuestros cerebros (e incluso el conjunto de nuestros cuerpos) como una *zona a défendre* contra las pantallas, las ondas y los gigantes de la red¹⁵.

Al decir esto no pretendemos hacer un alegato por un ascetismo digital individual, por otro lado cada vez menos plausible, sino un llamamiento a la multiplicación de las movilizaciones colectivas contra el desarrollo por doquier de infraestructuras y dispositivos electrónicos. Sin duda, estas movilizaciones son el contexto ideal para una reflexión personal sobre qué hacer para minimizar nuestra dependencia de las baratijas digitales. Sin embargo, la única manera de impedir que esta dependencia siga profundizándose es generar una posición de fuerza frente a los administradores de nuestras vidas, los mismos que se encargan de rodearnos de fibra óptica, antenas de telefonía móvil, *software*, algoritmos, etc. Las oportunidades de lucha no escasean precisamente: oponerse a las infraestructuras del 5G, que allanan el camino a la multiplicación de objetos interconectados en los domicilios urbanos; alzarse contra los planes de eliminación de las «zonas blancas¹⁶» en el medio rural para defender la vida de las personas electrosensibles y del resto de sus habitantes; organizarse contra la obligación de comunicarse digitalmente con Hacienda y con las administraciones; rechazar la informatización de las escuelas, que amenaza con reducir el horizonte de las generaciones más jóvenes a los estrechos límites de sus pantallas. Estos proyectos no caen del cielo, no son

15. Tomamos esta expresión del incisivo título de un texto reciente del colectivo *Pièces et main d'œuvre*, «Nos cerveaux, *Zone à défendre* prioritaire» (publicado el 14 de febrero de 2018 en su página web www.piecesetmaindoeuvre.com).

16. Se conoce con este nombre a las zonas de Francia, generalmente rurales y con poca densidad de población, donde no llega la cobertura del teléfono móvil y de internet. (*N. de los T.*)

expresión de ninguna necesidad histórica o natural: son proyectos sociales y políticos, y por tanto podemos discutirlos, ponerlos en cuestión y oponernos a ellos.

En nuestro libro ofrecemos hasta cuatro grandes motivos para rechazarlos y combatirlos. El primero es que las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) someten a individuos y pueblos de una manera sin precedentes al *marketing*, al condicionamiento publicitario, a las estrategias de los grandes grupos capitalistas. Muchos libros, artículos y documentales han mostrado cómo la navegación por internet es canalizada sobre todo a través de Google y Facebook; cómo los motores de búsqueda y las redes sociales han permitido afinar la creación de perfiles para los consumidores y la personalización de la publicidad¹⁷. De hecho, el peso que los gigantes de internet han tenido en los debates en torno a la legislación europea sobre datos personales, o más recientemente sobre los derechos de autor, permite hacerse una idea de la magnitud de los intereses económicos en juego¹⁸.

De manera más amplia, y yendo más allá del problema de la vigilancia en sentido estricto, las TIC favorecen un mundo más centralizado, burocrático y heterónimo. La esperanza de una alta tecnología descentralizada ha muerto, o como mínimo ha quedado muy dañada. El poder de los grandes grupos de Silicon Valley no es más que la dimensión más espectacular de esta

17. Para profundizar en estas cuestiones, véase por ejemplo Nicholas Carr, *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?* [2010], Madrid, Taurus, 2011, trad. de Pedro Cifuentes; Marc Dugain, Christophe Labbé, *L'Homme nu. La dictature invisible du numérique*, París, Plon/Robert Laffont, 2016.

18. El documental del suizo David Bernet, *Democracy* (2015), repasa el desarrollo de una parte de las negociaciones en torno al Reglamento General de Protección de Datos (RGPD) que el Parlamento europeo finalmente adoptó en el año 2016. Al verlo, uno puede hacerse una pequeña idea del poder de los *lobbies* de Bruselas, pero sobre todo de la imposibilidad de limitar la trazabilidad y la vigilancia en internet sin oponerse frontalmente a la Santísima Trinidad «trabajo-crecimiento-beneficio». Algo que, por supuesto, el responsable del documental, un *verde* alemán bienintencionado, no hace.

evolución¹⁹. Tanto la vuelta a la primera plana de los escándalos a nivel mundial de la Rusia de Putin como la aparición de un islamismo armado en varios continentes o el éxito electoral de una extrema derecha que se presenta en muchos países como una alternativa popular a las élites plutocráticas, deben mucho al uso hábil y sin complejos que dichos actores han hecho de internet. Al contrario de lo que se solía creer en los primeros años de la década de 2000, la subversión del orden neoliberal y atlantista que las TIC han hecho posible no sigue precisamente la senda de la autogestión... Hablando en plata: estas tecnologías conducen a una centralización cada mayor de hasta la más pequeña de las empresas, a una burocratización cada vez mayor de toda administración. Permiten centralizar mucho más que antes mientras lo cubren todo de un barniz de descentralización. Un ejemplo evidente de lo anterior es la evolución del sector energético francés, en el que las insistentes propuestas por parte de la EDF²⁰ de que los individuos produzcan su propia electricidad en casa no poseen en absoluto el objetivo de dotar de más autonomía a los domicilios, los pueblos o los barrios en relación a las grandes compañías industriales: lo que buscan es hacer de cada uno de nosotros un pequeño productor que, a cambio de algunas «ventajas» menores, contribuya a la producción nacional, por no decir continental, cuyos flujos se distribuyen a través de miles de kilómetros usando ordenadores y siguiendo criterios tecnoburocráticos y comerciales.

En tercer lugar, las TIC intensifican la explotación laboral. Y no nos referimos únicamente al trabajo de los obreros que las

19. Véase el manifiesto, de una arrogancia pasmosa, de los directivos de Google, Eric Schmidt y Jared Cohen, *El futuro digital* [2013], Madrid, Anaya, 2014, trad. de José Félix Rábago Gil.

20. Électricité de France (EDF) es la principal empresa de generación y distribución eléctrica de Francia. Fundada en 1946 como fruto de la nacionalización de las empresas de gas y electricidad, a partir de 2005 comenzó un proceso parcial de privatización. (*N. de los T.*)

fabrican y de los mineros que extraen los metales necesarios para fabricarlas²¹, sino también al trabajo de obreros, empleados y ejecutivos de todo el mundo, trabajo que está sometido a una presión sin precedentes a causa de los robots (incluidos los que se encargan de desplazar masas gigantescas de capital en un abrir y cerrar de ojos a través de los mercados financieros globalizados), los diferentes *software* y, más en general, la reorganización en redes de las empresas y las administraciones:

Lo que subyace a las enormes reorganizaciones industriales que han desatado el paro y la precariedad en Europa y Estados Unidos es algo muy concreto: el hecho de que los empresarios pueden ahora desplazar diferentes segmentos de su producción al lugar del mundo en el que los costes salariales (así como el nivel de protección/combatividad social) sean los mejores para ellos. Este tipo de movimientos ya había comenzado antes de que existiera internet, pero su generalización ha radicalizado las tendencias de las décadas precedentes: a día de hoy, el capital puede hacer competir a los trabajadores de (casi) todo el mundo a una escala mucho mayor que la de las redes de solidaridad existentes (que suelen estar circunscritas al ámbito nacional...). Es extremadamente sencillo desplazar —por aire, mar, carretera... todo coordinado por ordenador— los medios de producción, las materias primas y los productos finales. Sin embargo, los trabajadores no pueden seguir el ritmo: las máquinas parten rumbo a China o Rumanía, pero por desgracia los obreros de la Lorena no pueden ni ajustar su salario a los estándares chinos ni migrar a Rumanía²²...

21. Véase Yang, Jenny Chan, Xu Lizhi, *La Machine est ton seigneur et ton maître*, Marsella, Agone, 2015; y Celia Izoard, «Les bas-fonds du capital», en *z*, n° 12, *Guyane. Trésors et conquêtes*, otoño de 2018.

22. Matthieu Amiech, «L'ordinateur dans la lutte des classes», en *CQFD*, n° 151, febrero de 2017. El texto se reproduce en los anexos.

Por último, las TIC se están convirtiendo progresivamente en el núcleo de la catástrofe ecológica en curso, algo que desafía el reflejo ideológico firmemente arraigado en las mentalidades —a través de los medios de comunicación— y que pretende hacer de ellas un remedio para dicha catástrofe. Al producir un aumento constante del consumo energético, las TIC contribuyen enormemente tanto al agotamiento de muchos recursos (metales, pero también el agua) como a la devastación de recónditas áreas naturales, al efecto invernadero, a la contaminación y al particular horror de la energía nuclear. En nuestro libro sólo hablábamos de pasada de esta problemática, para poner el foco en los daños directos que produce la tecnología digital en los seres humanos. Sin embargo, en estos últimos años se ha convertido en una cuestión absolutamente ineludible, central en las contradicciones y las tendencias suicidas de nuestra sociedad²³.

Reeditamos ahora esta obra sin cambios, añadiendo únicamente en forma de anexo algunos textos escritos desde 2013. En nuestra opinión, el libro mantiene toda su vigencia ya que, a la hora de escribirlo, y guiados por la voluntad de que esa primera edición fuera duradera, la desconectamos de la actualidad más inmediata y no incluimos apenas en ella información estadística. Pensamos que es necesario que este libro siga circulando, ya que no perdemos la esperanza de que un día salga del aislamiento en el que nos sitúa el lugar central otorgado a la crítica de la informática en nuestro compromiso político de los últimos quince años.

23. Véase en los anexos, a modo de contribución para documentar este problema, el artículo publicado por el grupo Marcuse en la prensa mientras se celebraba la COP 21 (la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático de 2015), titulado «TIP, COP, ZAD».

No se trata de reducir la cuestión a una mera postura intelectual: simplemente no vemos la posibilidad de alcanzar un futuro libre, humano y *vivable* que no pase por un abandono masivo de nuestras prótesis electrónicas. En los primeros anexos hemos presentando diferentes acciones y luchas contra la colonización de la vida cotidiana por la tecnología digital en las que llevamos largo tiempo participando. Dicho activismo continúa estos últimos años a través de un colectivo a escala estatal, Écran total, que agrupa a los refractarios a la gestión informatizada de sus trabajos. La inspiración fundamental de este colectivo es el rechazo que mantienen desde hace muchos años algunos ganaderos a la identificación electrónica de sus animales, pese a las amenazas y las sanciones financieras²⁴. Son precisamente los encuentros que propician estas luchas, las alianzas destinadas a construir y sostener los ejercicios coordinados de desobediencia, los que nos inspiran para seguir adelante con nuestro trabajo de investigación y escritura, y los que nos alientan a no renunciar a las perspectivas que defendemos en este libro.

Grupo Marcuse, noviembre de 2018

24. Véase la presentación del último documento del anexo. Los textos del grupo Écran total se pueden encontrar en la obra colectiva *Le Monde en pièces II. Informatiser*, Vaour, La Lenteur, 2019.